

# Delphine Horvilleur

## Relatos para el misterio final

**Humanidad.** La escritora y rabina francesa plantea en 'Vivir con nuestros muertos' (Libros del Asteroide) la necesidad de afrontar el duelo con palabras de consuelo

PABLO SÁNCHEZ



La tercera temporada de 'Shtisel' (Netflix), magnífica serie israelí sobre las peripecias de una familia judía ultraortodoxa de Jerusalén, concluye con la siguiente poderosa escena: el rabino Shulem, protagonista del drama, recita un texto de Isaac Bashevis Singer. «Los muertos no se van a ningún sitio –dice–. Están todos aquí. Cada persona es un cementerio en el que yacen todos nuestros abuelos y abuelas. Y el padre y la madre, y la esposa y los hijos». Se abre el plano y, junto a Shulem y sus interlocutores, se aparecen unos cuantos familiares muertos, trajinando por la casa, compartiendo las fatigas de sus seres amados y negándose a completar el temido mutis.

La muerte es el fenómeno natural que más congoja produce a los humanos de todos los lugares y de todas las épocas. ¿Dónde se van los que se van? ¿Qué esperar de aquel abismo del que nadie regresa y que tememos como conclusión inevitable de la vida? Pese al tópico contemporáneo que denuncia a esta generación como la más alejada de la muerte y la más indiferente a sus dominios, lo cierto es que el personal se enfrenta hoy al misterio en una soledad inédita. Ya no quedan fórmulas que aplaquen definitivamente el dolor, el terror y la duda.

La escritora y rabina reformista francesa Delphine Horvilleur (Nancy, 1974) publica 'Vivir con nuestros muertos. Pequeño tratado de consuelo' (Libros del Asteroide, 2022), en el que propone el acercamiento humilde e interrogativo al fenómeno de la muerte. En su labor a los mandos del Movimiento Liberal Judío de Francia y de la revista de pensamiento 'Tenu'á', Horvilleur participa mediáticamente en los debates intelectuales de su país, enarbolando un judaísmo abierto, ajustado a las querencias de la modernidad y ajeno al dogmatismo. Como rabina, sin embargo, no descuida su compromiso de acompañamiento en el trance último de la vida. Horvilleur oficia ceremonias y sostiene a los familiares de los difuntos. Las palabras son su herramienta de trabajo.

En cualquier caso, como advierte, precisamente, en el libro, ser rabino no proporciona a nadie una ventaja o un conocimiento espe-



Horvilleur considera que el judaísmo es su método, no su objeto. DM

cialmente profundo. Ella detecta ese deseo de, como diría José Ángel Valente, erigir «inútiles barreras que derriba la muerte». Es, en este punto, indulgente: «Es consustancial a la humanidad creer que puede mantener a la muerte a raya (...), o convencerse de que una serie de rituales o palabras le confiere tal poder».

Lo verdaderamente luminoso de esta obra breve es que Horvilleur no se suma a las batallas intensas y agresivamente tribales que monopolizan la actualidad. Ella, como Franz Rosenzweig, considera que el judaísmo es su método, no su objeto. Haciendo uso de los rituales de su tradición, los expone de manera elocuente al lector medio,

acaso lego en conocimientos hebraicos.

### La búsqueda de Isaac

La muerte, piensa Delphine Horvilleur, es un acontecimiento igualador que vincula a todos los seres y los fija en una realidad a la que nadie puede mostrarse indiferente. 'Vivir con nuestros muertos' fue

redactado durante los momentos más crudos de la epidemia del Covid, cuando la muerte se había convertido en el asunto hegemónico, desplazando las ilusiones del ocio, la revolución o el emprendimiento. La amenaza exige una atención rigurosa a necesidades que no pueden atenderse desde un simple encogerse de hombros. El método de Horvilleur permite construir un dique de voces ancestrales para encarar la muerte con la garantía del ser humano. Ni más ni menos. «Nuestros relatos sagrados abren un pasadizo entre los vivos y los muertos –escribe–. El papel del narrador es quedarse junto a la puerta para asegurarse de que permanece abierta». Es la rebelión de la palabra contra la muerte. Pero,



**VIVIR CON NUESTROS MUERTOS. PEQUEÑO TRATADO DE CONSUELO.** DELPHINE HORVILLEUR  
Traducción: Regina López Muñoz.  
Editorial: Libros del Asteroide, 2022.  
193 páginas, 18,95 euros.

¿cómo articularla? Horvilleur, igualmente orgullosa del laicismo francés y de la tradición judía, se niega a imponer una visión canónica del fenómeno. Sería absurdo, además, tratándose de un camino, el judío, labrado en la ambigüedad ante la muerte. El laicismo reduce la intensidad de las religiones, controlando su tendencia a la inflamación fundamentalista. «La laicidad defiende que el espacio de nuestras vidas nunca se satura de convicciones y garantiza siempre un hueco vacío de certezas». En ese hueco es donde podemos encontrarnos; en el ámbito sin construcciones sólo indestructibles en apariencia. Es la piedad sin sacrificios. «La laicidad es trascendencia. Afirma que siempre hay en ella un territorio más amplio que mi creencia, capaz de acoger la de otro».

A través del texto, el lector puede beneficiarse de la experiencia de la rabina. Ella acompaña a los familiares que buscan un signo que coloque el misterio de la muerte en un contexto de sagrada esperanza. Pero, el 'Kadish', la oración que se dice durante el duelo no es más importante que la atención al prójimo. Los muertos son personas anónimas, famosas –la política Simone Veil o la cineasta Marceline Loridan-Ivens–, supervivientes del Holocausto y niños, como el hermano de Isaac.

Este muchacho, confundido por la noticia de la muerte de su compañero de juegos, permanece alejado de la parentela. Horvilleur se le acerca. Él le dice: «Necesito saber dónde se ha ido Isaac. Porque no sé dónde mirar para buscarlo». La inocencia del niño, que no es ingenuidad, sino la pregunta en su estado de mayor pureza, confronta a la rabina. Ella sabe que su tradición no es categórica en este punto, y echa mano del poema litúrgico de 'El malé rajamim', que habla de un alma que se eleva a las alturas y, a la vez, permanece en la tierra, «prendida de las vidas» de los seres queridos. Y concluye: «... el Isaac que muere deja en este mundo un hermano (...) decidido a buscarlo allá donde esté, bajo tierra o en el cielo».